

EN LA VELADA EN HONOR DEL POETA CARLOS MONDACA

Discurso del Director del Instituto Pedagógico Prof. Mariano Latorre, a nombre de la Universidad.

“Señor Secretario, señoras, señores:

Inicio, representando a la Universidad, esta recordación de Carlos Mondaca, poeta de Chile, de América y España, muerto en la primavera de 1928.

Su amigo Max Jara, amigo y camarada de fila, en el combate por arraigar en Chile los nuevos moldes estéticos, agonia del romanticismo y aurora de la era realista, ha de recordar ese período de nuestra historia literaria, bohemia alegre, fecunda en ideas y formas nuevas.

Lautaro García, que fué su alumno y también mío en el viejo Liceo de la Recoleta (no tomemos en cuenta su imponente calva actual) evocará con trazo ágil, la silueta de Mondaca maestro, sencillo y complicado, familiar y erudito que, al mismo tiempo, escribía el Himno del Liceo con música de Humberto Allende, como un sorprendente ensayo sobre la sangre mística de Santa Teresa.

No es posible, ahora, ahondar en la calidad del hombre y en la magia del artista. Diré, sin embargo, en breves palabras mi comprensión de Mondaca, de su raíz norteña hecha realidad de Castilla, de su misticismo, que lo hermana con un Antonio Machado y lo conecta con Fray Luis y San Juan de la Cruz.

Mondaca nació en Vicuña y se educó en el Seminario de La Serena.

Esta educación piadosa, casi la de un aspirante a sacerdote, imprimió una huella nunca borrada en su sensibilidad de niño y de hombre. Bondad humilde, cristiano altruismo por seres y cosas que fué acentuándose paulatinamente hasta convertirse en su manera de ver, en su filosofía, en la esencia misma de su personalidad literaria.

Esta bondad ingénita y perdonadora, lo distingue de los demás poetas de Chile, sean del norte minero, del centro agrícola o del selvático sur.

Hombre de copiosas lecturas, de recia disciplina filosófica, transformó su pensamiento en una especie de metafísica poética, situada más allá del bien y del mal. Ni las conclusiones dogmáticas de la ciencia moderna ni las especulaciones vagas hicieron mella en su convicción. Su espíritu convierte en metáforas sus observaciones reales y sus elucubraciones de pensador. Un clamor elegíaco, donde

vibra una fe que no es un juego de retórica, da la tonalidad a su verso balbuceante, pero empapado en dolorosa emoción. Toda su poesía semeja un largo so-llozo contenido.

No fué su obra poética muy extensa. Su profesión pedagógica, a la que se dedicó abnegadamente, absorbió sus mejores energías. Publicó dos volúmenes de versos. “Por los Caminos” y “Recogimiento”, en un paréntesis de diez años. Además, algunos artículos de crítica, conferencias pedagógicas, discursos y dos o tres dramas, en colaboración con Max Jara.

Sus versos son, más bien, una flor de cultura, una corrección armoniosa de su bondad y de su comprensión del problema de la vida. Persiste en él un hondo escepticismo, una amargura carifiosa, que es la verdadera fisonomía de su espíritu. Mondaca no tuvo la embriaguez imaginativa de algunos poetas. No escribió versos porque sí. Estos nacían cuando la copa desbordaba, cuando la saturación poética rompía la costra de materialidad que la vida cotidiana había dejado en él. Desde pequeño, sus ojos vieron cruelmente lo amargo y pasajero de los placeres del hombre. Su sensibilidad se reveló contra la grosería de la materia y de su satisfacción sin pensamiento.

Conozco un diario de su vida de estudiante, del cual extraigo estas palabras desconsoladoras: “Mi cabeza se dobla y apoyada en las manos parece que descansara sobre almohada de espinas”.

Frases simples, pero que aclaran, en su raíz, toda su manera de encarar la vida en el futuro. Vuelvo, a repetirlo. Este sentido místico del hombre y de la humanidad es lo que distingue de casi todos los poetas de Chile.

Julio Munizaga, también del Norte, se extasia ante los colores. Canta lo agradable de la vida en versos sonoros y policromados. Magallanes Moure, igualmente, de Coquimbo, se embriaga de amor y lo expresa con armoniosa nostalgia.

Coinciden todos los poetas de esta zona en un fondo de ensueño, de resignada contemplación que los acerca a los poetas del trópico. La Serena es nuestro trópico. En general, los chilenos originarios del Norte parecen de una raza más vieja y gastada. Hay en ellos una mayor delicadeza y refinamiento. Físicamente, el clima frío les hace daño. Durante la Colonia, La Serena vivió angustiada por los ataques de los piratas y bu-



El poeta Max Jara lee sus Recuerdos.

caneros que, en sus expediciones, señalaban la costa norte como una tierra de promisión. Ahí había de todo, frutas, buen clima, riqueza, incluso criollas, de rasgados ojos y de dentadura de nieve. Por otra parte, el indio de Coquimbo no ofreció resistencia al conquistador. Estaba ya acostumbrado a la esclavitud desde la invasión incásica. En todos los chilenos del Norte, la leyenda, lo imaginario, han fructificado como en terreno propio. De ahí la capacidad de ensueño de sus poetas; más sinceros, menos exteriores que los del centro y Sur de Chile. Además, la mayor parte de los serenenses desciende de mineros. Cada habitante de Coquimbo, tiene o ha tenido una mina de cobre, de oro o de hierro en las rojas cordilleras y en cada uno de ellos hay un millonario en desgracia que es como decir un poeta fracasado.

Ricardo Latcham hacía notar en 1924, que en los versos de juventud de Mondaca, publicados en revistas serenenses, aparecían ya expresiones que hacían entrever la orientación de su poesía, de su actitud ante la vida: "Mentiroso fulgor de la esperanza", "Inmensa vanidad de la vida". "Brevedad de la dicha", etc.

Mondaca publicó sus primeras poesías en 1910, ya profesor en un Liceo y empleado de la Universidad de Chile. En

esta época lo conocí. Venía yo de un liceo de provincia y me llamó la atención este hombre silencioso, de cara triste y de ojos soñadores que recordaba los rasgos de Máximo Gorki, en un retrato muy en boga en aquellos años.

Sus versos recitábanse en todas partes. Fueron una revelación. En su aparente sencillez vibraba un espíritu rebelde, un decidido amor por los que sufren. Un sobrecogimiento, semejante a una oración, se elevaba del alma del poeta.

Pedro A. González, declamatorio y altisonante, ya no interesaba. La poesía de Mondaca era una nota no tocada por otro chileno antes que él. Ahogada la retórica en la emoción íntima. Algo de Verlaine y de Darío. Toques de redención en imágenes nuevas. Sorprendía la limpidez de un castellano sin pretensiones, espontáneamente sabio, que dejaba ver hasta el fondo las ideas y las sensaciones, en carne viva, nota que no se ha repetido más tarde, sino en Max Jara y en Gabriela Mistral. Gabriela Mistral, menos dueña del instrumento lingüístico y como mujer, más humana en su misticismo. Ni lucha, ni sensualidad en los poemas. En la mujer, gritos apasionados por el amado muerto. Ni armonía ni serenidad en la Mistral. Agua nocturna, la poesía, en Jara y Mondaca, donde el sueño de la noche se espeja en sus titilaciones más insignificantes.

En "Por los Caminos", hay, todavía, mucho de externo. El poeta está en plena juventud. Colaboran las metáforas de origen puramente sensorial con el íntimo soliloquio del poeta. Hay, pudiera decirse, una lucha entre el yo y el no yo, entre el espíritu y la realidad que da al libro un curioso clarooscuro.

La poesía "Los pianos", es típica en este sentido:

Melancolía de los pianos viejos
que tocó la madre en un borroso
tiempo, que ondulan todavía, al dejo
del primer beso que le dió el esposo.

Piano meditabundo en el que canta
su adiós agónico una juventud
y entre las dos bujías se levanta
frío y lustroso como un ataúd.

Sigue llorando, piano viejo ¡Llora!
Por la desesperanza de tu dueña:
por el dolor con que a la vida implora
su pobre corazón que ya no sueña.

Llora por un amor que fué al olvido;
llora por la tristeza y la pobreza;
quéjate como un niño desvalido,
y por el alma de tu dueña reza.

En casi todas las poesías de "Por los caminos", se advierte esta comunión del poeta con la naturaleza y de la naturaleza con el poeta. La imagen se nutre de sensaciones vivas, directas, pero la sensibilidad morbosa de Mondaca las exclaviza a su idea, las hace servir a su evolución mental hacia un castillo interior, hacia unas moradas, donde únicamente se alimenta de sí mismo, sin tomar en cuenta para nada el mundo real. El título de su último libro de versos es característico. "Recogimiento", vale decir, aislamiento, torre de márfil. Modalidad psicológica propia de un místico. No otra cosa representa esta evolución de Mondaca que las etapas del varón místico del siglo XVI, para alcanzar el bien supremo, la vía iluminativa en que el alma se baña en la pureza de Dios.

Estado de transición, de renunciamiento, que el poeta expresa muy bien.

Y cruzar por la vida sonambulescamente,
 los ojos muy abiertos sobre un mundo interior,
 con los labios sellados, mudos eternamente,
 atento sólo al ritmo del propio corazón.

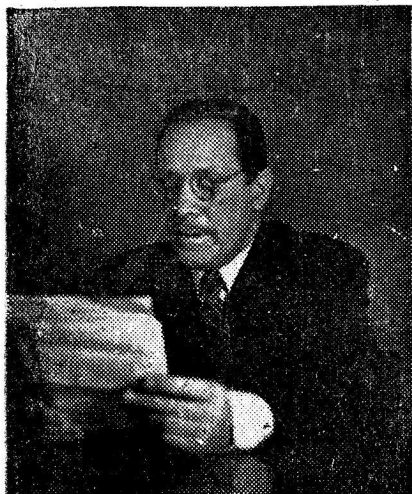
Y pasar por la vida sin dejar una huella,
 ser el pobre arroyuelo que se evapora al sol;
 y perderse una noche como muere una estrella
 que ardió millares de años y que nadie la vió.

Pudo tener su origen, además de su formación religiosa, en esta modalidad de Mondaca, la enfermedad originaria que trizó su cuerpo treinta años después. El hombre pierde su espíritu de lucha. Cada día se recoge más en sí mismo y abandona el pintarrajeado señuelo de las reacciones sociales que agitó desde México, Díaz Mirón y recogieron todos los poetas tribunicios de Chile, incluso Pezoa Véliz y Víctor D. Silva.

Este "Recogimiento", morada o castillo interior, tiene sólida base psicológica. La madre, la esposa, los hijos; y por sobre ellos, Cristo y su Madre Divina, símbolos de un hogar supraterráneo.

Le dice a la Madre:

Gracias, madre:
 Por la intensidad del vivir,
 por la belleza de sufrir;



El Prof. Mariano Latorre, da lectura a su discurso.

por el encanto de escuchar,
 por el milagro de mirar
 y la amargura de pensar.

Y por la angustia de querer,
 y no alcanzar;
 y por la gloria de caer, y levantar;
 y de creer
 y de esperar!

A la mujer:

¡Gracias mi santa compañera!
 por el amor que puse en tí,
 por la heridas que te hiciera
 y la alegría que te di.

¡Y gracias porque fuiste bella!
 Cierro los ojos y te miro:
 ¡me deslumbras como estrella
 y me enterneces como un lirio!

Le dice al hijo:

Tú cruzarás la tierra por sendas florecidas
 con las rosas de sangre de mis plantas
 heridas.

A su hija, dedicándole su segundo libro:

Ultima luz de mi vida,
 tan amarga y tan querida.

Y le dice a la Virgen, en un sincero desgarramiento de piedad:

Oye nuestro ruego, Madre Soberana,
míranos con ojos llenos de piedad,
calma los dolores de esta caravana
y alivia la angustia de la humanidad.

Míranos perdidos en la selva oscura,
sin saber de dónde ni adónde llegar,
muertos de cansancio, locos de amargura,
solos y perdidos ¡Estrella del mar!

Malos enemigos nos envenenaron;
las almas no tienen pureza ni amor;
nuestras esperanzas en polvo rodaron...

¡Ruega por nosotros, Madre del Señor!

Tiene de los místicos españoles, en cuyas lecturas se abrevó con deleite, hasta ese desprecio por las formas establecidas, por los manoseados moldes métricos que denota el predominio de la sensibilidad sobre la expresión literaria. Hay que buscar en el balbuceo del verso, en la novedad de la imagen, este sollozar contenido de que hablaba en el comienzo y que ha dado su fuerza y su originalidad a uno de los más grandes líricos de América".

He dicho.



DE LA INAUGURACION DE LA ESCUELA DE VERANO



Parte de los alumnos asistentes a la inauguración de los Cursos de la Escuela de Verano